



UvA-DARE (Digital Academic Repository)

Agua, poder y tecnología

Una genealogía de tres megaproyectos hídricos en el Ecuador (1954-2017)

Hidalgo Bastidas, J.P.

Publication date

2019

Document Version

Other version

License

Other

[Link to publication](#)

Citation for published version (APA):

Hidalgo Bastidas, J. P. (2019). *Agua, poder y tecnología: Una genealogía de tres megaproyectos hídricos en el Ecuador (1954-2017)*. [, Universiteit van Amsterdam].

General rights

It is not permitted to download or to forward/distribute the text or part of it without the consent of the author(s) and/or copyright holder(s), other than for strictly personal, individual use, unless the work is under an open content license (like Creative Commons).

Disclaimer/Complaints regulations

If you believe that digital publication of certain material infringes any of your rights or (privacy) interests, please let the Library know, stating your reasons. In case of a legitimate complaint, the Library will make the material inaccessible and/or remove it from the website. Please Ask the Library: <https://uba.uva.nl/en/contact>, or a letter to: Library of the University of Amsterdam, Secretariat, Singel 425, 1012 WP Amsterdam, The Netherlands. You will be contacted as soon as possible.

La audiencia de Chone

Corría el año 2011. Llegamos a Manta en el primer vuelo desde Quito. En el aeropuerto nos esperaban dos camionetas con vidrios oscuros y el logo de la Secretaría Nacional del Agua. Tan pronto salimos de la sala de arribo los choferes nos ayudaron con el equipaje. Éramos cuatro funcionarios públicos en total, dos de alto rango y dos técnicos. Yo era uno de los técnicos. Esa mañana debíamos trasladarnos hacia la ciudad de Chone para atender una audiencia en el juzgado local. Un campesino había solicitado varias semanas atrás una acción de protección para impedir la afectación de su finca, debido al avance del megaproyecto multipropósito Chone. Yo sabía que el Gobierno pretendía construir una represa, sin embargo, no estaba al tanto de los pormenores. En ese entonces yo trabajaba en otro tema: la reactivación de un sistema de riego inconcluso y sobredimensionado, construido por el Gobierno anterior al de la Revolución Ciudadana.

El sol empezaba a calentar en Manta. Tan pronto subí al asiento trasero de uno de los vehículos salimos hacia la ciudad de Chone. El viaje, que normalmente toma poco más de dos horas, aquella vez lo hicimos en hora y pico. Cuando llegamos a Chone ya eran cerca de las diez de la mañana. Nos dirigíamos a la plaza central. Al entrar al centro de la ciudad nos dimos cuenta que las calles aledañas al juzgado habían sido cerradas por la policía local. El atento chofer aparcó nuestro vehículo en una transversal cerca de la plaza. Me bajé y mientras cubría con la vista la gran cantidad de personas agolpadas en las calles, el calor chonero empezaba a aplastarme contra el pavimento.

Continuamos nuestro trayecto a pie por un par de cuadras. La calle parecía una fiesta. Había tarima, bailarinas, orquesta, personas gritando, y un penetrante olor a mandarina recién pelada. Conforme nos alejábamos de la plaza y nos acercábamos al edificio en donde se encontraba el juzgado, empecé a distinguir una muralla de policías al final de la calle; y detrás, gente levantando carteles. No tomé mucha importancia y continué caminando. No quería perderme de mis colegas entre la multitud. A pesar del ambiente festivo, me sentía un tanto abrumado. El aire estaba enrarecido por una tensión atípica. Sin duda, era distinto a mis anteriores visitas. La puerta del edificio en donde se ubicaba el juzgado estaba resguardada por varios policías. Aunque sabía que iba acompañando a los jefes de la Secretaría a una audiencia, una vez en el sitio no entendía con exactitud lo que sucedía, ni qué función debía cumplir yo

(un simple técnico) en ese tema. Tampoco supe muy bien, entonces, de qué o quiénes se protegía el estamento judicial. ¿Por qué la muralla de policías? ¿Por qué había tantas mandarinas en la calle?

Al aproximarnos a la puerta del edificio pude darme cuenta de que la policía solo permitía el ingreso a funcionarios de la Secretaría. De algún modo, en ese preciso momento, me sentí privilegiado. Ahora me incomoda reconocerlo. Entre gritos y empujones ingresamos al edificio. Adentro estaba algo oscuro y sentí una agradable frescura. Había una decena de oficinas y locales comerciales cerrados a lo largo de un extenso corredor. En las paredes resaltaba un color satín verde pastel. Mientras caminábamos hacia el segundo piso del edificio, la música paró por un momento y pude escuchar un lejano: ¡No a la represa! ¡No a la represa! Precisamente al otro lado de la tarima y las bailarinas. Como símbolo de la rica producción de sus fincas, decenas de campesinos habían llevado al sitio de protesta ríos de mandarinas. Con ello querían demostrar a los funcionarios públicos la importancia que tenía el sector de Río Grande para los campesinos, para la ciudad y para la provincia de Manabí.

A pesar de la insistencia, los protestantes no podían ingresar al edificio. Ni siquiera el campesino demandante. Después de subir por una treintena de gradas estrechas y oscuras, finalmente llegamos a un cuarto pequeño y muy caluroso, provisto de una ventana a la calle y una especie de balcón notablemente inútil. Como todo el interior del edificio, ese cuarto también tenía paredes satín verde pastel. El sol seguía quemando afuera, el cuartito era un horno. Extrañé la frescura de la entrada. En su interior ya se encontraban altos funcionarios de otros ministerios, de la presidencia de la República, políticos locales y otras personas que no lograba identificar.

Después supe que muchos eran también funcionarios públicos de bajo rango. Solo en ese momento terminé de entender que mi única función era «hacer fuerza de choque» durante la audiencia. Mi jefe estaba representando al proyecto Chone en la querrela jurídica. Todavía sin la presencia del campesino demandante, recuerdo que la jueza se acercó a uno de los directivos de la Secretaría. Yo estaba solo a un par de metros detrás de ellos. Logré esgrimir un intercambio de preguntas y respuestas sobre el litigio, mientras mi jefe asentía con la cabeza. Se proyectaba una suerte de empatía entre ellos. Me pareció un momento por demás incómodo. No quería participar de él, no quería escuchar, pero ya lo había hecho. Me senté en una de las tres decenas de sillas de plástico blanco, del abarrotado cuartito, que estaban perfectamente dispuestas en filas y columnas.

Pasados unos minutos de la hora acordada, después de la entrada apresurada del campesino demandante, se inició la audiencia. Sereno, pero con voz firme preguntó: «¿por qué no me dejaban entrar?! ¿Y mi abogado?!» Recuerdo que aquel hombre pequeño, pero de contextura gruesa, proyectaba una elegancia peculiar: mezcla de sudor y perfume barato de barbería. Empacado en una camisa blanca impecable, metida en un pantalón de dril grisáceo retiró de la cabeza su sombrero de cuero y se sentó frente a la jueza, junto a la ventana. Parecía que el quemante sol le era indiferente.

Mientras burgaba entre los papeles, la jueza pidió que bajaran el volumen de la música de afuera. Uno de los técnicos se paró y salió presurosamente con el mensaje. Enfundada en terno de pantalón rojizo y abanicándose con una carpeta de cartón amarillo, evidentemente desgastada por la acción del implacable sol, la jueza empezó a indagar a los protagonistas. Yo estaba en tercera fila. Solo una detrás de ellos. A pesar del adormecimiento que me causaba el bochorno durante la audiencia, me pareció distinguir un par de temas de la conversación previa entre uno de mis jefes y la jueza. Recuerdo que trascurrió cerca de una hora de intercambio de argumentos. Luego de la excelente argumentación del campesino y los gritos de apoyo desde la calle, la jueza le negó la demanda y dio paso al avance de la represa en su propiedad. Al terminar la audiencia salimos del juzgado y fuimos a la alcaldía que se ubicaba a la vuelta. Ahí se había organizado una rueda de prensa. Las autoridades del Gobierno nacional junto al alcalde de Chone anunciaron al país la continuación inobjetable del megaproyecto. Se actuó de acuerdo con el «debido proceso», dijeron las autoridades. Al poco rato, los gritos en la calle mermaron. Los campesinos regresaron a Río Grande, pero quedaron muchas mandarinas y cáscaras de la fruta perfumando las calles. Se retiró la tarima y la policía nuevamente abrió paso al tráfico vehicular. A esa hora, la amigable brisa de la tarde ya entibiaba el ambiente. La música se apagó y yo me fui a intentar sacarle un par de horas de trabajo a lo que quedaba del día.

Semanas más tarde, sentado en mi escritorio en Quito, me enteré que la policía había ingresado a Río Grande, a las cuatro de la madrugada, y desalojado por la fuerza al campesino demandante, que protegía su propiedad, junto a decenas de campesinos que se encontraban en la misma situación.

A finales del año 2010, estrenando mi título de maestría en gestión internacional de agua y tierra, inicié entusiasta mi trabajo como técnico en el Gobierno de la Revolución Ciudadana. Después de una profunda crisis social, económica y política en la que había caído el Ecuador desde finales de

la década de los noventa, en el año 2007, un nuevo gobierno asumió el poder. El palacio presidencial ecuatoriano, Carondelet, recibió a un huésped con un discurso de izquierda y una agenda progresista: Rafael Correa, líder de la autodenominada Revolución Ciudadana. Correa —personaje temperamental, carismático y preparado economista— lideró un proceso, hasta el año 2017, que ofreció devolver la esperanza al pueblo a través de la refundación de la patria.

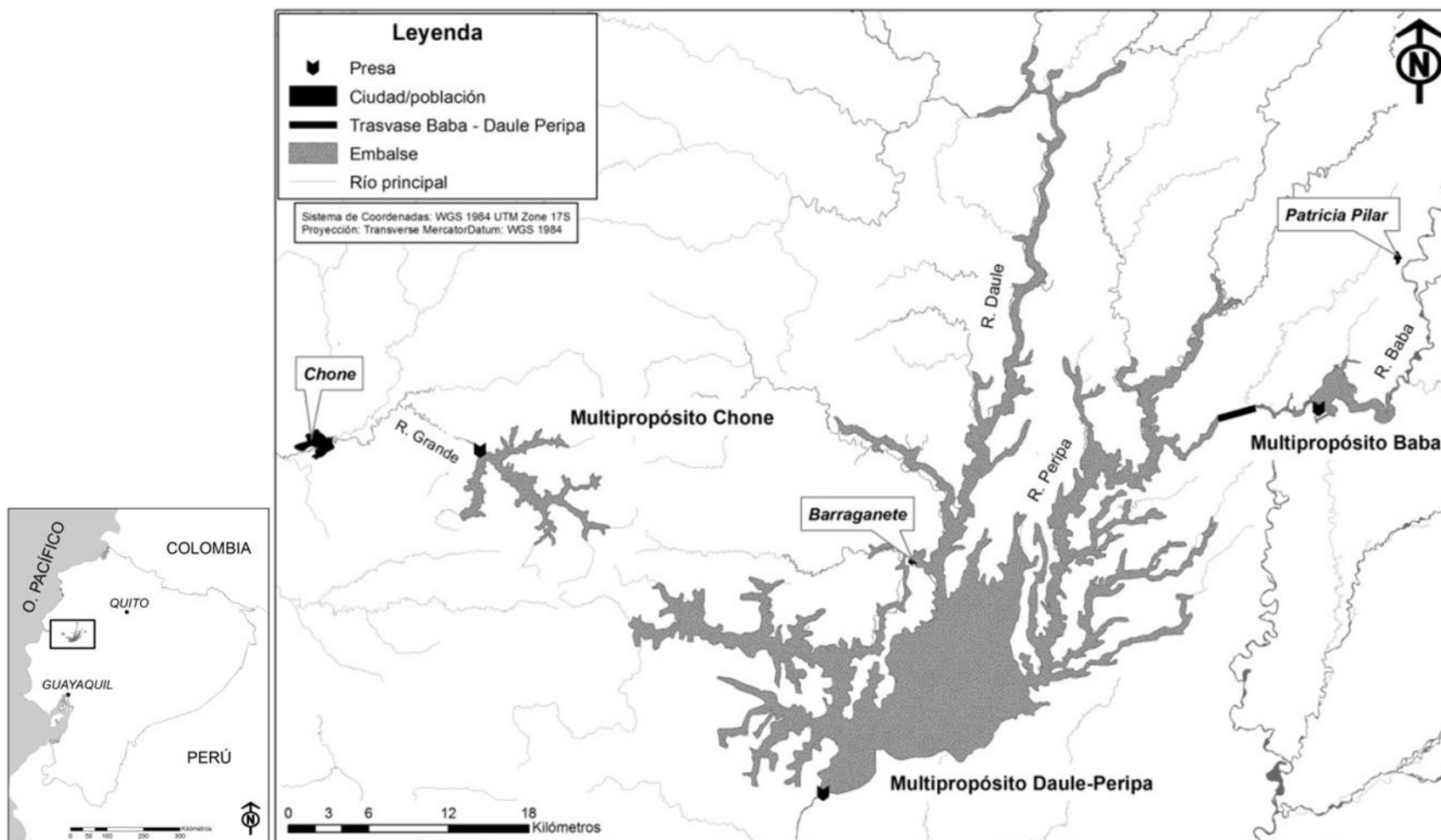
Después de varios meses en el sector público, hechos como el relatado en torno a «la audiencia de Chone» despertaron mi inquietud y preocupación en torno al desarrollo de megaproyectos hídricos en el país. ¿Por qué bajo un gobierno progresista (de ciudadanos, inclusivo, etc.) se da este tipo de acciones, aparentemente contradictorias? ¿Cómo puedo entenderlo? Con esta curiosidad, a finales del 2013 decidí iniciar mi investigación doctoral.

Como parte de su agenda de transformación energético-productiva (Villavicencio 2014), el Gobierno de la Revolución Ciudadana retomó y aceleró la implementación de decenas de megaproyectos hídricos, planificados décadas atrás (Foro de los Recursos Hídricos 2017; Warner, Hoogesteger, y Hidalgo 2017). Gracias al alto precio del petróleo y a las jugosas regalías obtenidas del extractivismo metálico a gran escala —impulsado por el gobierno nacional—, en diez años el régimen invirtió cerca de un billón de dólares americanos en actualización de estudios y construcción de megaproyectos hídricos (MICSE 2015). Varias de dichas obras y políticas enfrentaron fuertes protestas desde comunidades locales y otros actores supralocales críticos. A pesar de ello, el Gobierno siguió adelante, cargando sobre sus hombros, por un lado, la responsabilidad que demandaba su discurso ideológico progresista; y, por el otro, el peso de las consecuencias que arrojaban a su paso la política de megaproyectos y extractivismo.

¿Cómo entender este *boom* megahidráulico durante un gobierno progresista, con un discurso garantista de derechos como el de la Revolución Ciudadana? ¿Cómo explicar sus tensiones y ambigüedades? Esta tesis trata de entender, entre otros hechos, lo que sucedió durante el Gobierno liderado por Correa. Pero para hacerlo, se necesita, además, comprender la reciente historia de la implementación de megaobras hídricas en el país, ya que «el manejo contemporáneo del agua es necesariamente moldeado por las elecciones tecnológicas, sociales e institucionales del pasado»; en consecuencia, a partir de dichas «herencias [...] los gestores del agua actuales deben proponer sus propias acciones» (Crow-Miller, Webber, y Rogers 2017a, 235).

Esta investigación examina las relaciones políticas y de poder, los actores sociales y los factores contextuales que han influenciado en el desarrollo de megaproyectos hídricos en Ecuador, desde mediados del siglo XX. Muestra los discursos, prácticas y políticas que constituyen este tipo de megaobras a partir de un contexto nacional específico. La investigación se inspira en el Gobierno de la llamada Revolución Ciudadana. Analiza dicho período y lo presenta no como un período aislado en el tiempo, sino como parte de un proceso histórico contingente del desarrollo de megaproyectos hídricos en el país.

La investigación se fundamenta en el estudio de tres megaproyectos hídricos ubicados en la costa ecuatoriana: sistema multipropósito Daule-Peripa, sistema multipropósito Baba y sistema multipropósito Chone (mapa 1). Cada uno de ellos es una ilustración de distintos, pero enlazados, periodos sociopolíticos, institucionales, ambientales y económicos de la historia reciente del Ecuador.



Mapa 1. Ubicación de los tres megaproyectos hídricos estudiados en esta tesis y de los centros poblados en donde establecí mi base de investigación de campo.

Elaboración: propia.